



Miss Peregrine para recuperarla después —arrancada de las mandíbulas de acero de un submarino—, aunque la Miss Peregrine que había vuelto a nosotros estaba dañada, necesitada de una ayuda que no sabíamos cómo darle. Permanecía ahora asentada en la popa de la barca, viendo desvanecerse el santuario que había creado, que iba perdiéndose a lo lejos a cada remada que dábamos.

Superamos por fin el malecón y nos adentramos en una oscuridad inmensa, y la superficie lisa de las aguas del puerto cedió paso a pequeñas olas que rompían contra los costados de las barcas. Oí un avión ensartándose entre las nubes por encima de nosotros y dejé de remar un momento para levantar la cabeza, imaginándome cómo se vería nuestra minúscula flota desde aquella altura: el mundo que había elegido, y todo lo que yo poseía, nuestras preciosas y peculiares vidas, contenido en su totalidad en tres astillas de madera navegando a la deriva por el vasto ojo del mar, que jamás parpadeaba.

Misericordia.

Las barcas avanzaban con agilidad entre las olas, tres embarcaciones, una al lado de la otra, una amable corriente empujándolas hacia la costa. Remábamos por turnos, alternándonos en los remos para no caer en el agotamiento, aunque yo me sentía tan fuerte que durante casi una hora me negué a ser relevado. Me perdí en el ritmo de las remadas, los brazos trazando grandes elipses en el aire, como si estuviera jalando alguna cosa que se negaba a acercarse. Hugh movía los remos delante de mí y, detrás de él, en la proa, estaba Emma, los ojos escondidos bajo el ala de un sombrero de paja, la cabeza inclinada sobre un mapa desplegado en el regazo. De vez en

cuando levantaba la vista del mapa para escudriñar el horizonte, y solo ver su cara iluminada por el sol me daba una energía que ni siquiera sabía que poseía.

Tenía la sensación de poder remar eternamente, hasta que Horace gritó desde una de las otras barcas para preguntar cuánto océano quedaba entre el punto donde nos encontrábamos y tierra firme. Emma miró entonces en dirección a la isla con los ojos entrecerrados y bajó a continuación la cabeza para estudiar el mapa y tomar medidas con la mano extendida. Respondió dubitativa:

—¿Siete kilómetros? —Pero Millard, que iba también en nuestra barca, le murmuró algo al oído. Emma puso mala cara, giró el mapa y frunció el entrecejo. Entonces dijo—: Ocho y medio, quería decir.

Cuando aquellas palabras salieron de su boca, me desanimé un poco, y vi que los demás también.

Ocho kilómetros y medio: un viaje que en el mareante transbordador que me había llevado hasta Cairnholm hacía unas semanas había sido de una hora. Una distancia que se cubría sin problemas con una embarcación motorizada de cualquier tamaño. Un kilómetro y medio menos de lo que mis tíos con mala condición física corrían con fines benéficos alguno que otro fin de semana y solo unos cuantos más de los que mi madre presumía hacer en la máquina de remar de su elegante gimnasio. Pero el transbordador entre la isla y tierra firme no empezaría a estar de nuevo funcional hasta dentro de treinta años, y las máquinas de remar no iban cargadas de pasajeros y equipaje, ni tampoco requerían constantes correcciones para mantener el rumbo adecuado. Peor aún, el canal marítimo que estábamos cruzando era traicionero, famoso por haber engullido monto-

nes de barcos: ocho kilómetros y medio de mar temperamental y de humor cambiante, su lecho repleto de verdosos restos de naufragios y huesos de marineros y, acechando en la impenetrable y profunda oscuridad, nuestros enemigos.

Los que estábamos preocupados por este tipo de cosas dábamos por sentado que los wights estaban cerca, por debajo de nosotros en el interior de aquel submarino alemán, a la espera. Si no se habían enterado todavía de que habíamos huido de la isla, no tardarían en descubrirlo. Era evidente que no habían hecho lo imposible por secuestrar a Miss Peregrine para luego claudicar tras un solo intento fallido. Los barcos de guerra que se desplazaban como lentos ciempiés en la lontananza y los aviones británicos que montaban guardia desde arriba hacían que fuera muy peligroso para el submarino emerger a superficie a plena luz de día, pero en cuanto cayera la noche, nos convertiríamos en presa fácil. Vendrían por nosotros, se llevarían a Miss Peregrine y ahogarían al resto. De modo que seguimos remando; nuestra única esperanza de alcanzar tierra firme antes de que nos atrapara la noche.

Remamos hasta que nos dolieron los brazos y se nos entumió la espalda. Remamos hasta que la brisa matutina se calmó y el sol empezó a calentar como si lo hiciera a través de una lupa. El sudor se acumuló en el cuello de las camisas y caí en la cuenta de que nadie había pensado en cargar con agua fresca y que, en 1940, la protección solar se traducía en quedarse a la sombra. Remamos hasta que la piel empezó a desprenderse de las palmas de las manos y comprendimos que no podíamos dar ni una sola remada más, pero la dimos, y luego otra, y otra.

—Estás sudando a chorros —dijo Emma—. Deja que me ponga yo a remar antes de que te derritas.

Su voz me despertó del atontamiento. Moví la cabeza en un gesto de agradecimiento y permití que se instalara en la banca del remero, pero veinte minutos más tarde le pedí que me dejara ocupar de nuevo mi puesto. No me gustaban los pensamientos que me venían a la cabeza mientras el cuerpo estaba en reposo: escenas imaginarias de mi padre al despertarse y descubrir que había desaparecido de Cairnholm, la desconcertante carta de Emma ocupando mi lugar, el pánico que aquello provocaría. Fogonazos de recuerdos de cosas terribles que había presenciado últimamente: un monstruo jalándome para atraparame entre sus mandíbulas, mi psiquiatra cayendo muerto, un hombre enterrado en un ataúd de hielo y separado de forma momentánea del otro mundo para hablarme al oído en un ronco susurro. De manera que seguí remando a pesar del agotamiento, de una espalda que parecía que no iba a volver a enderezarse nunca más y de unas manos en carne viva por la fricción, e intenté no pensar en nada en absoluto; aquellos remos de plomo eran una condena a cadena perpetua y un bote salvavidas a la vez.

Bronwyn, al parecer inagotable, remaba sin ninguna ayuda en una de las barcas. Olive estaba sentada delante de ella, pero no podía ayudarla; a la diminuta niña le resultaba imposible jalar los remos sin salir volando por los aires, donde cualquier ráfaga de viento la izaría como una cometa. De modo que Olive se limitaba a dar gritos de aliento mientras Bronwyn hacía el trabajo de dos... o de tres o cuatro, teniendo en cuenta las maletas y las cajas que cargaba su bote, llenas a rebosar de ropa, comida, mapas, libros y también de cosas mucho menos prácticas, como los diversos tarros con cora-

zones de reptil que contenía la mochila de Enoch; o la manija de la puerta de casa de Miss Peregrine, un recuerdo que Hugh había encontrado tirado en la hierba cuando íbamos de camino a los botes y que al instante había decidido que no podía vivir sin él; o la voluminosa almohada que Horace había rescatado del esqueleto en llamas de la casa, su almohada de la suerte, decía, y lo único que mantenía a raya sus paralizantes pesadillas.

Había otros objetos que les resultaban tan valiosos que los niños seguían aferrados a ellos aun remando. Fiona sujetaba entre las rodillas una maceta con tierra de jardín llena de gusanos. Millard se había pintado la cara a rayas con un puñado de polvo de ladrillo pulverizado por las bombas, un gesto curioso que por lo visto formaba parte de un ritual de duelo. Y aunque las cosas que habían decidido conservar pudieran parecer raras, una parte de mí lo comprendía: era todo lo que les quedaba de su casa. Que supieran que la habían perdido no significaba que supieran cómo desprenderse de ella.

Después de tres horas de remar como esclavos en las embarcaciones, la distancia había encogido la isla hasta dejarla del tamaño de una cuarta. No se asemejaba en nada a la fatídica fortaleza de acantilados que había vislumbrado por vez primera hacía escasas semanas; ahora parecía frágil, un fragmento de piedra en peligro de acabar barrido por las olas.

—¡Miren! —gritó Enoch, poniéndose de pie en el bote contiguo al nuestro—. ¡Está desapareciendo!

Una niebla espectral había engullido la isla, borrándola casi del paisaje, y dejamos de remar un momento para verla esfumarse por completo.

—Despídanse de nuestra isla —dijo Emma, incorporándose también y quitándose el sombrero—. Tal vez no volvamos a verla nunca más.

—Hasta siempre, isla —declaró Hugh—. Fuiste muy buena con nosotros.

Horace dejó el remo y movió la mano para decirle adiós.

—Adiós, casa. Extrañaré tus habitaciones y tus jardines, pero sobre todo, extrañaré mi cama.

—Hasta siempre, bucle —se despidió Olive, sorbiendo por la nariz—. Gracias por habernos mantenido sanos y salvos durante todos estos años.

—Años buenos —afirmó Bronwyn—. Los mejores que he conocido.

También yo me despedí en silencio de un lugar que me había cambiado para siempre, de un lugar que, más que cualquier cementerio, albergaría para siempre el recuerdo, y también el misterio, de mi abuelo. Estaban unidos de forma indisoluble, él y la isla, y me pregunté, ahora que ambos se habían ido, si algún día llegaría a comprender lo que me había pasado: en qué me había convertido, en qué me estaba convirtiendo. Había llegado a la isla con la intención de resolver el misterio de mi abuelo, y con ello había descubierto el mío. Ver desaparecer Cairnholm era como ver sumergirse detrás de las olas oscuras la única llave de acceso a aquel misterio.

Y la isla desapareció por completo, engullida por una montaña de niebla.

Como si no hubiera existido nunca.

La niebla nos atrapó en escasos minutos. Poco a poco nos quedamos sin ver nada, la tierra firme tornándose borrosa, el sol descoloriéndose hasta quedar reducido a una florescencia de apagada luz blanca, y empezamos a dar vueltas en círculo entre los remolinos de la marea hasta perder por completo el sentido de la orientación. Finalmente decidimos parar, dejar descansar los remos y esperar, hastiados, confiando en que la bruma se levantara; no tenía sentido seguir adelante.

—Esto no me gusta —dijo Bronwyn—. Si tenemos que esperar mucho, anochecerá y nos veremos obligados a enfrentarnos a cosas peores que el mal tiempo.

Entonces, como si la climatología hubiera oído a Bronwyn y decidido ponernos en el lugar que nos correspondía, el tiempo se volvió malo de verdad. El viento empezó a soplar con fuerza y en cuestión de un momento nuestro universo se transformó. Olas con crestas de espuma blanca azotaban el casco de las embarcaciones y derramaban agua gélida a nuestros pies. Luego llegó la lluvia, sus gotas taladrándonos la piel como balines. Al poco rato, nos zaran-deábamos como juguetes de goma en una tina.

—¡Dirijan la proa contra las olas! —gritó Bronwyn, cortando el agua con los remos—. ¡Si nos toman de costado nos hundiremos! —Pero los niños estaban tan cansados, en su mayoría, que si apenas conseguían remar en aguas serenas, mucho menos podían hacerlo en un mar en ebullición, y el resto tenían tanto miedo que no podían ni asir los remos y acabaron aferrándose con desesperación a la regala.

Un auténtico muro de agua avanzaba hacia nosotros. Ascendimos la gigantesca ola, la barca haciendo la vertical bajo nosotros. Emma me abrazó y yo lo hice al escálamó; detrás, Hugh se agarró



al asiento enlazándolo con ambos brazos. Coronamos la ola como si fuera una montaña rusa, noté el estómago cayéndome a los pies, y descendimos velozmente por el otro lado. Todo lo que no estaba sujeto —el mapa de Emma, la mochila de Hugh, la maleta roja con rueditas que cargaba conmigo desde Florida— salió volando por encima de nuestras cabezas y fue a parar al agua.

No había tiempo para preocuparse por lo perdido, puesto que de entrada no veíamos ni siquiera las demás barcas. Cuando la quilla recuperó el equilibrio, forzamos la vista para vislumbrar el interior de aquel remolino y gritamos los nombres de nuestros amigos. El silencio que siguió hasta que oímos voces respondiéndonos y vimos la barca de Enoch aparecer entre la niebla, con sus cuatro pasajeros a bordo agitando los brazos, fue terrible.

—¿Están bien?! —grité.

—¡Aquí! —gritaron ellos—. ¡Miren hacia aquí!

Vi que nos hacían señas con la mano, pero dirigiendo nuestra atención hacia algo que había en el agua, a unos treinta metros de distancia: el casco de un bote hundido.

—¡Es la barca de Bronwyn y Olive! —gritó Emma.

Estaba boca abajo, el fondo oxidado mirando el cielo. No había ni rastro de las niñas.

—¡Tenemos que acercarnos más! —gritó Hugh, y olvidando por completo el agotamiento, tomamos los remos y avanzamos hacia allí, gritando sus nombres contra el viento.

Remamos entre la marea de prendas que emergía de las maletas abiertas, los vestidos arremolinados cobrando el aspecto de niñas ahogadas. El corazón me latía con fuerza, y a pesar de que estaba empapado, apenas sentía el frío. Nos reencontramos con la barca

de Enoch al alcanzar el casco de la que capitaneara Bronwyn y, juntos, inspeccionamos el agua.

—¿Dónde están? —gimoteó Horace—. Si las perdimos...

—¡Debajo! —exclamó Emma, señalando el casco—. ¡Tal vez quedaron atrapadas debajo!

Jalé uno de los remos para sacarlo de su sujeción y golpeé el casco.

—¡Si están ahí debajo, salgan nadando! —grité—. ¡Las rescataremos!

Durante un instante terrible no hubo respuesta y sentí desvanecerse todas mis esperanzas de recuperarlas. Pero entonces se oyeron unos golpes en el interior de la barca y, acto seguido, un puño atravesó el casco, proyectando miles de astillas y sorprendiéndonos a todos.

—¡Es Bronwyn! —exclamó Emma—. ¡Están vivas!

Con unos golpes más, Bronwyn consiguió abrir en el casco un agujero por el que podía pasar. Le alargué el remo y lo tomó, y jalando junto con Hugh y Emma, conseguimos arrastrarla por las aguas agitadas y subirla a la barca mientras la suya se hundía y se esfumaba bajo el mar. Estaba presa del pánico, histérica, gritando con unas fuerzas que no podía desperdiciar. Gritando por Olive, que no estaba bajo el casco con ella. Seguía desaparecida.

—Olive... tenemos que encontrar a Olive —farfulló Bronwyn en cuanto se derrumbó en nuestro bote. Estaba temblando y tosía con fuerza para expulsar el agua que había tragado. Se incorporó enseguida y señaló hacia un punto en medio de la tempestad—. ¡Allí! —gritó—. ¿La ven?

Me protegí los ojos de los aguijonazos de la lluvia y miré, pero solo distinguía olas y niebla.

—¡No veo nada!

—¡Está allí! —insistió Bronwyn—. ¡El cabo!

Entonces vi lo que señalaba: no una niña debatiéndose en el océano, sino un amasijo de cáñamo tejido apenas visible entre todo aquel caos. Un tenso cabo café emergía del agua para desaparecer en la niebla. Olive debía de estar unida al otro extremo, invisible para nosotros.

Remamos hacia el cabo y Bronwyn empezó a recogerlo y, en cuestión de un minuto, Olive apareció entre la niebla flotando por encima de nuestras cabezas con un extremo anudado a la cintura. Había perdido los zapatos al volcar la barca, pero Bronwyn la había atado al cabo del ancla, cuyo extremo debía de reposar ahora en el fondo del mar. De no ser por esto, ahora estaría perdida entre las nubes. Olive se agarró a Bronwyn, uniendo las manos por detrás de su nuca, y gritó:

—¡Me salvaste, me salvaste!

Se abrazaron, y viéndolas se me hizo un nudo en la garganta.

—Pero no estamos todavía fuera de peligro —dijo Bronwyn—. Tenemos que alcanzar la costa antes de que anochezca o nuestros problemas no habrán hecho más que empezar.

La tempestad se había debilitado algo y los violentos golpes de mar empezaban a amortiguarse, pero la idea de dar una remada más, aun en aguas perfectamente tranquilas, era inimaginable. No habíamos recorrido ni siquiera la mitad del trayecto y estábamos desesperadamente agotados. Las punzadas de dolor que sentía en las manos eran terribles. Mis brazos parecían troncos de árbol. No solo eso, sino que el interminable balanceo de la barca estaba cau-

sando innegables efectos en mi estómago... y a juzgar por el color verdoso de la cara de los demás, no era el único que se sentía así.

—Descansaremos un poco —dijo Emma, intentando animarnos—. Descansaremos y sacaremos agua hasta que se levante la niebla...

—Este tipo de niebla tiene mentalidad propia —observó Enoch—. Puede pasar días estancada. Oscurecerá en pocas horas, y en lo único que podremos confiar entonces es en sobrevivir hasta la mañana sin que los wights nos descubran. Estaremos del todo indefensos.

—Y sin agua —apuntó Hugh.

—Ni comida —añadió Millard.

Olive levantó los brazos y dijo:

—Yo sé dónde está.

—¿Dónde está el qué? —cuestionó Emma.

—La costa. La vi cuando estaba allá arriba, sujeta a la cuerda. —En su ascenso, Olive había superado la niebla, explicó, y por un momento había disfrutado de una clara visión de tierra firme.

—Para lo que nos va a servir... —murmuró Enoch—. Desde que bajaste de allí, hemos dado vueltas en círculo al menos media docena de veces.

—Pues vuelvan a subirme.

—¿Estás segura de lo que dices? —le preguntó Emma—. Es peligroso. ¿Y si te agarra una ráfaga de viento o se rompe la cuerda?

La expresión de Olive dejó patente su resolución.

—Súbanme —insistió.

—Cuando se pone así, no hay manera de hacerla entrar en razón —les recordó Emma—. Toma la cuerda, Bronwyn.

—Eres la niña más valiente que he conocido en mi vida —dijo Bronwyn, y se puso manos a la obra. Jaló el ancla para sacarla del agua y subirla a bordo, y con el largo sobrante, unimos las dos barcas para que no volvieran a separarse. A continuación, soltamos a Olive para que pudiera adentrarse en la niebla y alcanzar cielo abierto.

Se produjo entonces un extraño momento de quietud en el que todos nos quedamos mirando una cuerda que se adentraba en las nubes, la cabeza echada hacia atrás, a la espera de que el cielo nos mandara una señal.

Enoch rompió el silencio.

—¿Y bien? —gritó con impaciencia.

—¡La veo! —fue la respuesta, la voz de Olive un rechinido por encima del ruido blanco de las olas—. ¡Recto hacia adelante!

—¡Bien hecho! —exclamó Bronwyn, y mientras el resto nos llevábamos la mano al estómago de pura angustia y nos dejábamos caer con impotencia sobre las bancas, ella saltó a la barca principal, tomó los remos y empezó a remar, guiada solo por la vocecita de Olive, un ángel invisible en el cielo.

—¡A la izquierda... más a la izquierda... no tanto!

Y así fuimos avanzando poco a poco hacia tierra firme, la niebla persiguiéndonos en todo momento, sus largos aros grises que recordaban los dedos fantasmagóricos de la mano de un espectro intentando incansablemente apoderarse de nosotros.

Como si la isla tampoco quisiera dejarnos ir.